

No obstante, yo soy de tan diferente sentir, que ántes juzgo que en nada es tan útil la mudanza de moda (ó llamémosla con voz más propia y más decorosa, modo) que en las cosas pertenecientes á la vida espiritual. Esta variedad se hizo como precisa en suposición de nuestra complexion viciosa. La devoción es tediosa y desabrida á nuestra naturaleza. Por tanto, como al enfermo que tiene el gusto estragado, aunque se le haya de ministrar la misma especie de manjar, se debe variar el condimento; asimismo la depravacion de nuestro apetito pide que las cosas espirituales, salvando siempre la substancia, se nos guisen con alguna diferencia en el modo.

Esta consideracion autoriza como útiles los nuevos libros espirituales que salen á luz, como sean nuevos en cuanto al estilo. No hay que pensar que algun autor moderno nos ha de mostrar algun camino del cielo distinto de aquel cuyo itinerario nos pusieron por extenso los santos padres y los hombres sabios de los pasados siglos. Pero reformar el estilo anticuado, que ya no podemos leer sin desabrimiento, es quitar á ese camino parte de las asperezas que tiene; y el que supiere proponer las antiguas doctrinas con dulces, gratas y suaves voces, se puede decir que templó la aspereza de la senda con la amenidad del estilo.

No sólo en esta materia, en todas las demas la razon de la utilidad debe ser la regla de la moda. No apruebo aquellos genios tan parciales de los pasados siglos, que siempre se ponen de parte de las antiguallas. En todas las cosas el medio es el punto central de la razon. Tan contra ella, y acaso más, es aborrecer todas las modas, que abrazarlas todas. Recíbese la que fuere útil y honesta. Condénese la que no trajere otra recomendacion que la novedad. ¿A qué propósito (pongo por ejemplo) traernos á la memoria con dolor los antiguos bigotes españoles, como si hubiéramos perdido tres ó

cuatro provincias en dejar los mostachos? ¿Qué conexión tiene, ni con la honra, ni con la religion, ni con la conveniencia, el bigote al ojo, de quien no pueden acordarse, sin dar un gran gemido, algunos ancianos de este tiempo, como si estuviese pendiente toda nuestra fortuna de aquella deformidad?

Lo mismo digo de las golillas. Los extranjeros tentaron á librar de tan molesta estrechez de vestido á los españoles, y lo llevaron estos tan mal, como si al tiempo que les redimian el cuerpo de aquellas prisiones, les pusiesen el alma en cadenas.

Lo que es sumamente reprehensible es, que se haya introducido en los hombres el cuidado del afeite, propio hasta ahora privativamente de las mujeres. Oigo decir que ya los cortesanos tienen tocador, y pierden tanto tiempo en él como las damas. Oh escándalo! oh abominacion! oh hajeza! Fatales son los españoles. De todos modos perdemos en el comercio con los extranjeros; pero sobre todo en el tráfico de costumbres. Tomamos de ellos las malas, y dejamos las buenas. Todas sus enfermedades morales son contagiosas respecto de nosotros. ¡Oh si hubiese en la raya del reino quien descaminase estos géneros vedados (1)!

He reservado corregir lo que pueden tener de vituperable en lo moral las modas de las mujeres para la siguiente carta, en cuya letura toda dama bien intencionada puede figurarse haber sido escrita para ella (\*).

(1) El estudioso afeite y pulimento de los hombres, no sólo los hace ridiculos y contentibles, mas tambien sospechosos. De mi dictámen, las mujeres honestas deben huir su trato ó tratarlos por lo ménos con suma cautela. Oigan á Ovidio, que entendia bien estas materias:

*Sed vitate viros cultum, formamque professos,  
Quique suas ponunt in statione comas.*

(\*) Omitimos una carta de Teófilo á Paulina, que el autor ponía á continuacion, que se reducía á una declamacion contra las modas escandalosas de las mujeres. — V. de la F.

## SENECTUD MORAL DEL GÉNERO HUMANO.

### § I.

Del mismo modo y con la misma frecuencia que se dice que el mundo, con el discurso del tiempo, se deterioró en lo físico, se asegura que el hombre, tomado en comun, se estragó en lo moral. Celébranse los tiempos antiguos y se abomina el presente. Dícese que entonces reinaba la virtud, ahora el vicio; que la justicia, la verdad, la continencia, la moderacion hicieron su papel en otros siglos, en cuyo lugar sucedieron al teatro del mundo, para representaciones trágicas, la codicia, el engaño, la incontinencia, la usurpacion, la tiranía, con todas las demas pestes del orbe. En el primer tomo (\*\*) impugnamos el error comun de la senectud física del mundo; ahora impugnaremos el error, que

(\*\*) Página 30 de este tomo.

no es ménos vulgar, de la senectud moral del género humano. Dámosle este nombre por la analogía que tiene el estrago que puede hacer el tiempo en las almas con el que hace en los cuerpos.

Quisiera que se me dijera qué siglos felices fueron esos en que reinaron las virtudes. Búscolos en las historias, y no los encuentro. Tan semejante me parece el hombre de hoy al de ayer, que no le distingo. No bien se perdió el estado de la inocencia, cuando se vió en su mayor altura la malicia. ¿Qué alevosía más feamente circunstanciada que la de Cain con Abel? No ménos entre los hombres que entre los ángeles, se observa gigante el vicio desde su propio nacimiento.

Como se fueron multiplicando los hombres, se fueron multiplicando los vicios. Al paso que iba el hombre poblando la tierra, la iba desolando la culpa. ¿Cuándo se vió de tan feo semblante el mundo como en aquel des-

dichado siglo en que, exceptuando una familia corta, tantos eran en la especie humana los delincuentes como los individuos? Estaba el orbe recién engendrado, y ya todo corrompido. Todo era un abismo cubierto de nuevas tinieblas, nuevo caos, más horrible que el que habia desviado la mano omnipotente. No sólo no habia hombre que no fuese reo, no producía el alma pensamiento que no fuese nueva culpa; que á este extremo de ponderacion llegó el escritor sagrado. Tan despótico dominaba el vicio, que no consentía aún como peregrina la virtud.

Vengó Dios sus agravios con el diluvio universal; que para ahogar una ofensa sin límites, era preciso echar sobre ella un océano sin márgenes. Volvió á propagarse en la fecundidad de una familia la desolada propapia, y no bien se vió en bastante número, cuando conspiró acorde en una ambiciosa osadía. ¿Quién creerá que estando tan cerca el castigo, estuviese tan lejos el escarmiento? Debajo del imperio de Nemrod emprendió todo el linaje humano la construccion de la torre de Babel, en que algunos padres y expositores quieren que hubiese intervenido aún el mismo Noé con sus hijos, bien que con diferente motivo que los demas, y acaso para impedir mayores daños. Atajó Dios el soberbio intento, y se esparcieron los hombres por el mundo.

Fundóse entonces la monarquía de Babilonia sobre la usurpacion de Nemrod, hombre sagaz y robusto. Este fué el mayor robo que se vió jamas. Un hombre sólo despojó á todos los demas de su libertad, haciendo sujetos á los que habian nacido iguales. La ereccion de este imperio fué cimiento de la idolatría, convirtiéndose los mortales, despues de difunto Nemrod, en adorarle como deidad, si ya en vida el tirano no se habia hecho prestar culto sacrilego, como es bien creíble. Muchos autores cargan esta culpa sobre su hijo Nino; pero esto es tan incierto, que aún se duda que Nino fuese hijo de Nemrod. Tan oscura es la historia de aquel tiempo, que algunos graves escritores suponen á Nino posterior mil años á aquel primer tirano. Lo que parece cierto es, que, ó viviendo Nemrod, ó muy próximamente á su muerte, empezó la idolatría; pues cuando Abraham vino al mundo, que no fué mucho despues, halló ya la supersticion muy radicada. Aun el padre y abuelo de Abraham se cree que fueron idólatras. Del padre lo afirma expresamente la Escritura al capítulo xxiv de Josué. San Epifanio y Suidas á Sarug, bisabuelo de Abraham, hacen inventor de los simulacros gentílicos (1).

Preguntó ahora: ¿cuándo se vió tan perversa generacion como la de aquel siglo? Estaba reciente el tremendo castigo del diluvio. Vivian aún Noé y sus hijos, testigos de la tragedia, que no dejarían de revocarla á la memoria; y sin eso, en los vestigios frescos del estra-

(1) Donde decimos que se cree que el padre y abuelo de Abraham fueron gentiles, se debe notar que de el padre lo dice expresamente la Escritura, al capítulo xxiv de Josué, versículo 2. En el mismo lugar dice que Nachor fué tambien idólatra. Llamábase así el abuelo de Abraham. Pero como este patriarca tuvo un hermano de el mismo nombre de el abuelo, y no se expresa allí de cuál de los dos se habla, no podemos afirmar la idolatría de el abuelo de Abraham con la certeza que la de el padre.

go veian la sangre del azote. Con tan horrible espectáculo á la vista, vuelven la cara al ídolo, y á Dios la espalda. Segun los autores que hacen á Nino hijo de Nemrod, esta prevaricacion fué muy universal, porque entre Nino y Zoroastro parece estaba entonces dividido el imperio del mundo, y entrambos fueron idólatras. Más probable es que estos dos príncipes fueron muy posteriores. De todos modos consta que en tiempo de Abraham estaba ya muy extendida la idolatría.

A la sombra de esta ceguera crecieron en breve tiempo los demas vicios á una estatura disforme, de que dan testimonio claro las abominaciones de Sodoma y de las otras cuatro ciudades de la desdichada Pentapolis, que fueron reducidas á cenizas. No sólo en las naciones cultas, aún en los países más bárbaros no se hallan hoy hombres más distantes de ser racionales que aquellos.

### § II.

Desde aquella remota antigüedad hasta la guerra de Troya, en los escritores profanos apenas se hallan sino fábulas; pero las fábulas mismas declaran la verdad que vamos probando. Exceptuando la poca tierra que pisaba el pueblo de Israel, todo lo demas estaba dominado de la idolatría, y se conoce cuáles serian los hombres, cuando suponian delincuentes las mismas deidades. Adúlteros á Júpiter, Marte y Vénus; ladrón á Mercurio; lascivos á Pan y Apolo; generalmente enredados unos con otros en discordias y engaños. Si se proponian en sus dioses tales dechados, ¿quién no miraría con amor los vicios?

Peró siguiendo el hilo de la historia sagrada, que es la única que ha quedado verdadera de aquellos tiempos, á vueltas de ilustres ejemplos, no hay generacion donde no se tropiece en los horribles escándalos. El enorme incesto de las hijas de Lot, la implacable ojeriza de Esaú con su hermano Jacob, la atroz perfidia de Simeon y Leví con los habitadores de Sichen, la conspiracion de los envidiosos hermanos contra el inocente Josef, que se sucedieron en breve tiempo, con la circunstancia de ser cometidos todos estos insultos dentro de una familia donde Dios estaba lloviendo bendiciones, no sé que con esta circunstancia tengan paralelo en nuestros siglos.

De la descendencia de los hijos de Jacob durante el cautiverio de Egipto, nada oimos sino el ruido de las cadenas y el clamor de los gemidos, que sólo nos dicen que los amos eran tiranos, sin declararnos cuáles eran los siervos; pero no bien salieron de la esclavitud á fuerza de maravillas, cuando los vemos ingratos, rebeldes, contumaces, idólatras. Jamas alguna gente con más torpeza abusó de las divinas piedades. Ocupada ya la tierra de promision, en el interregno que sucedió á la muerte de Josué, entre los enemigos del pueblo de Israel se presenta la bárbara crueldad de Adonibezec, rey de Jerusalem, que tenia debajo de su mesa setenta reyezuelos cortadas las extremidades de manos y piés. ¿Cuál príncipe ó tirano de la Asia usa de violencia tan extraña en los tiempos de ahora con los prisioneros de guerra? Luégo vemos á los israelitas mezclados en matrimonios y en ritos con los cananeos, jebuseos y fere-



ceos, dando incienso á los ídolos Baal y Astarot. Castígalos Dios con nuevas servidumbres por espacio de ciento y diez años, debajo de diferentes reyes y en diferentes reinos. Libralos despues de la de Madian por mano de Gedeon, y muerto Gedeon, vuelven á dar sacrificios á Baal, habiendo servido de preludio á la apostasia la detestable crueldad de Abimelech, hijo de Gedeon, que por ocupar el reino mató setenta hermanos suyos. Véase si la política de los emperadores mahometanos tiene ejemplares bien antiguos, juntando con este el de Artajerjes VIII, rey de los persas, que degolló por el mismo motivo á un mayor número de hermanos y parientes. Dos veces, á fuerza de azotes, se levantaron de la idolatría, y otras dos veces volvieron á caer en ella; siendo castigo de la última la dominación filistea, en cuyo tiempo vino Sanson al mundo, y en su mujer Dalila un grande ejemplo de mujeres pérfidas.

Sucedió en la judicatura á Sanson el pontífice Heli, perjudicial á Israel, porque en la tolerancia de los feos escándalos de sus hijos faltó á las dos obligaciones de padre y de juez. El gobierno de Samuel, que duró veinte y un años, fué feliz; pero degenerando de tan buen padre sus dos hijos Joel y Abias, con desprecio de las divinas amenazas, pidió el pueblo rey, y fué ungiendo Saul, que empezó bien y acabó mal. Mordido del áspid de la envidia, no pudo tolerar la dicha de tener en David un vasallo excelente. Sucedíole este en la corona; pero no impidieron sus grandes virtudes que en su propia casa y familia se viesen grandes desórdenes. Tres hijos suyos, Amnon, Absalon y Adonias; el primero, incestuoso con violencia; el segundo, traidor y fratricida; el tercero, sedicioso, turbaron la república y dieron mala vejez á su santo padre. El grande séquito que tuvo en su conspiración Absalon muestra cuánto abundaba entonces de hombres perversos Israel. Subió al trono Salomon, que primero edificó en Jerusalem el templo, y despues arruinó en su corazón el culto. No hubo despues acá príncipe en sus fines tan ingrato, porque no hubo príncipe en sus principios tan feliz. Colmado de beneficios, correspondió á Dios con torpezas y sacrilegios.

Dividióse, muerto Salomon, el pueblo hebreo en dos coronas: Israel y Judá. Introdujose en una y otra la idolatría. Diez y nueve reyes, todos malos, la mantuvieron en el reino de Israel, hasta que destruyó aquel reino Salmaasar. En el de Judá, de veinte reyes que tuvo, cinco solos buenos curaron, cuanto estuvo de su parte, al pueblo de aquella genial demencia; pero luégo padecía nueva recaída. A porfia parece que se competian en aquellos dos reinos en la maldad reyes y vasallos. Fué desolado primero el de Israel por los asirios, despues el de Judá por los caldeos.

Recohróse en parte aquella república. Gobernáronla pontífices y capitanes, en que hubo de todo, como ahora, hasta que Aristobulo, sucesor de Hircano en el pontificado, tomó carácter y nombre de rey. Este mató de hambre á su propia madre. Sucedíole su mujer Salomé, que todo lo gobernó á voluntad de los fariseos, y á esta su hijo Hircano, á quien queriendo usurpar el cetro su hermano menor Aristobulo, ardió la Judea en

guerras civiles; y este fué el tiempo en que se apoderaron de aquel reino con las armas de Pompeyo los romanos. Logró de su mano el cetro de Palestina Heródes Ascalonita, llamado el Grande, príncipe alevoso, astuto y cruel hasta el último extremo, que bañó toda Judea de la sangre de inocentes, y su propio palacio de la de su mujer y hijos, víctimas todas de su política ó de su venganza. En su tiempo se levantó la secta de los judíos llamados herodianos, que creían ser Heródes el prometido Mesías; y así estos, como los demas, conspiraron poco despues en la muerte del verdadero Redentor, á que se siguió dentro de pocos años, en pena de su obstinación, la ruina de Jerusalem y la dispersión de toda la gente judaica.

He puesto por mayor delante de los ojos el proceder de aquel pueblo desde su origen hasta su exterminación; de aquel pueblo, que era el único depositario del verdadero culto; de aquel pueblo, que debió á Dios tantos favores; de aquel pueblo, teatro de sus maravillas; de aquel pueblo, para cuya enseñanza y aviso envió tantos profetas. Cotéjese su obrar con el nuestro, aquellos siglos con los de ahora, y se verá si salimos muy mejorados. ¿Donde, pues, está esa soñada rectitud de los siglos pasados?

## § III.

Si en el que se llamaba pueblo de Dios, y lo era, notamos tantos reveses en que degeneraba de serlo, ¿qué esperanza puede haber de hallar la justicia, la inocencia, el candor en el resto de la tierra, inundado de la idolatría? Era entónces la religion verdadera una pequeña isla en un anchísimo océano de superstición; y si en la isla encontramos tanta agua amarga, ¿qué será en el mar?

Lo primero de que hablan las historias profanas, que son verdaderamente historias, es la guerra de Troya y la fundación de las cuatro famosas monarquías. Todo lo que queda más allá se mira á tan escasa luz, que apenas se distinguen los cuerpos de las sombras, las verdades de las fábulas.

Dieron ocasion á la guerra de Troya el galanteo de un jóven licenciado y la condescendencia de una mujer fácil. Estas son las virtudes que brillan en aquel siglo. Ya ántes habia sido robada Elena por Teseo, porque en aquella belleza, tan celebrada de la antigüedad, veamos en dos torpes raptos dos lunares feísimos. Conducida á Troya la hermosa griega, llevó consigo juntas las gracias de Vénus y las furias de Marte. Batallóse con crueldad por diez años, y lo que no pudo la fuerza, acabaron la traición y la maña; pues dejando la invención del caballo de madera por fábula, algunos autores antiguos dicen que Antenor y Enéas, infieles á su patria, abrieron á los griegos la puerta. Más probable es la introducción del astuto Sinon en la plaza, cuyos bien trazados embustes caracterizan, según el gran poeta, á los demas griegos de aquel siglo:

*Aspice nunc Danaum insidias, et crimine ab uno  
Disce omnes.*

## § IV.

Fueron instrumentos para la fundación de las cuatro monarquías aquellos vicios que hoy tanto abominamos; la violencia, la ambición, el engaño. Justino dice que ántes habia reyes elegidos por la prerogativa de la virtud, que gobernaban con equidad, ejercitándose en defender sus pueblos, sin inquietar jamas á los vecinos, hasta que Nino rompió los límites de la justicia y del imperio, metiéndose á conquistador. Pero esta noticia, sobre ser confusa y vaga, tiene contra sí la implicación de que aquellos antiguos príncipes ejerciesen la defensa donde no habia agresión.

La fundación de la monarquía de los asirios, la más antigua de todas, es muy obscura. Unos la atribuyen á Nemrod, otros á Nino; y á este unos le hacen hijo de Nemrod, otros posterior muchos siglos. De Semíramis, que sucedió á Nino en el imperio, hay la misma duda. Algunos autores señalan dos Semíramis, posterior la una á la otra quinientos años. En una cosa sola se convienen, que es, en que estos tres personajes fueron tres grandes usurpadores. Nemrod estableció su principado sin otro derecho que la violencia. Nino le amplificó sin otra justicia que una ambición desordenada. Semíramis, que se supone mujer de Nino, extendió en su viudez mucho más las conquistas; mujer de grandes ánimos y talentos, pero de iguales vicios; pues demas de una ambición sin límites, se le atribuyen torpezas y crueldades. Diodoro Siculo refiere, que á los galanes con quienes manchaba el lecho quitaba luégo la vida, por no aventurar el secreto. Otros muchos dicen que quiso ser torpe con su propio hijo Ninias, y que esta inverecunda declaración irritó de modo al hijo, que quitó la vida á la madre.

La monarquía de los medos se fabricó sobre la rebelión de estos contra los asirios, de quienes eran vasallos. Y Ciro, celebrado por gran príncipe por los méritos de grande usurpador, transfirió despues el imperio á los persas.

En la sucesión de esta monarquía empieza la historia, que hasta aquí estuvo muy balbuciente, á hablar con alguna claridad; pero sólo para representarnos robos, engaños y tiranías.

Cambises, hijo de Ciro, fué tan ambicioso como su padre, pues conquistó á Egipto, y probablemente hubiera hecho lo mismo con toda la costa de la Africa, si en aquellos vastos arenales, movidos del viento, no se hubiera sepultado vivo todo su ejército. Fué breve su reinado, y sucedíole un mago (llamaban así los persas á sus sacerdotes y filósofos) que con extraña astucia fingió ser un hermano de Cambises, á quien este habia quitado la vida. Descubierta el engaño, y muerto el tirano, habiéndose convenido entre los principales señores del reino que á aquel se entregase el cetro cuyo caballo relinchase el primero en puesto determinado al salir el sol; el extremado ardor de un criado de Darío, que en el sitio designado juntó el caballo á una yegua la noche antecedente, hizo que el caballo relinchase al punto que volvió al mismo sitio, y de esta suerte hizo rey á su amo. Sucedió á Darío su hijo Jérges, famoso sólo por haber echado un puente en el

estrecho de Galipoli, y por la derrota que á su inmenso ejército dieron los griegos en Salamina. Fué muerto alevosamente por el traidor Artabano, capitán de sus guardias, quien luégo ejecutó otra horrenda perfidia, persuadiendo á Artajerjes, hijo y sucesor del muerto, que su hermano Darío habia sido homicida de su padre, y así fué degollado este inocente, aunque no tardó mucho en ser descubierto, y castigado el delincuente verdadero. Este Artajerjes, á quien llamaron Longimano, floreció en tiempo de Esdras; fué buen príncipe, y restableció en su libertad y república á los judíos. Jérges II le sucedió, que dentro de un año fué asesinado por su hermano Secundiano. Ascendió este, haciendo escalon del cadáver de su hermano, al trono; pero no le sobrevivió más de siete meses. Creo que le mató otro hermano suyo bastardo, Darío VIII, que le sucedió en el reino. Siguióse á éste Artajerjes II; hubo ruidosas discordias entre Parisatis, su madre, y Statira, su esposa; y la primera, que era mujer cruelísima, ocultamente hizo matar á la segunda. Tuvo Artajerjes tres hijos legítimos y ciento y doce bastardos. Fecundidad prodigiosa, pero infeliz; porque Darío, uno de los legítimos, conspirando con cincuenta de los bastardos, quiso quitar la vida á su padre. El motivo, tan torpe como el intento, fué no haber querido alargar á su concupiscencia á su concubina Aspasia. El castigo pasó las márgenes de lo justo, porque no sólo quitó la vida á los delinquentes, mas también á sus hijos y mujeres. No paró aquí la calamidad de la dilatada familia de Artajerjes; su hijo Artajerjes III, llamado VIII, extinguió toda la que restaba, por precaver el riesgo de otra conspiración. Quinto Curcio dice que fueron ochenta hermanos los que mató esta fiera, aunque no sale bien la cuenta con el número de arriba. El eunuco Bagoas, poderosísimo en el reino, le quitó la vida con veneno, y juntamente á dos de sus hijos; y al tercero, que era Arses, colocó en el trono. A este emponzoñó también el fiero eunuco, y dió la corona á Darío Codomano, hijo de un hermano de Ocho. No tardó mucho Bagoas en preparar la ponzoña para Darío, pero, sorprendido en el designio, fué compelido á beberla. Entró en este tiempo Alejandro en la Asia, derrotó á Darío, y despues alevosamente le quitó la vida Beso, vasallo suyo. Este fin tuvo aquel florentísimo imperio, en cuya descripción no hemos visto sino crueldades, engaños y perfidias.

Muerto Alejandro y divididas las conquistas entre sus capitanes, estuvo ardiendo toda la Asia en guerras, por el furioso conato de quitarse unos á otros sus porciones; en cuya contienda, prevaleciendo Seleuco Nicanor y agregando muchas provincias del Oriente, dió principio á los reyes y reinado de Siria, que duraron hasta que se echaron sobre todos los romanos. Generalmente podemos decir de todos los príncipes que dominaron la Asia en aquellos retirados siglos, que el más bueno era el que no tenía otra cosa de malo, que la ánsia de usurpar todo lo que podía á sus vecinos. En los particulares no nos demuestran más bondad las historias. De Asclepiodoro, hombre sabio de Alejandría, se refiere, que habiendo pasado á la Siria para enterarse de las costumbres de sus habitantes, oíjo



despues, que en toda aquella vasta region no habia hallado sino tres hombres que vivian con algo de moderacion.

## § V.

La Grecia, que hace representacion muy singular en la historia antigua, así como nos ha dejado más noticia de sus sucesos, también la dejó de sus insultos. Fué más inexcusable en ella la corrupcion de costumbres, por estar acompañada de la cultura de las letras. La ficcion y el engaño era el carácter propio del genio griego: *Dolis instructus, et arte Pelasga*. ¡Qué ardimiento tan desenfrenado en los de aquella region por dominarse unos á otros! Fué tanto, que en Atenas dió motivo á la ley del ostracismo, cuyo asunto era desterrar por diez años á cualquiera ciudadano que sobresaliese en riquezas ó en estimacion, y aun en virtud, de miedo de que cualquiera de estas ventajas le inspirase el aliento y facilitase la ejecucion de tiranizar aquella república. De donde se puede colegir que aquellos mismos en quienes veneraban una virtud excelente, no la tenían ni aun mediana, pues esta bastaría para reprimir la ambicion y alejar el miedo de la tiranía. La más fea obscenidad era tan transcendente en la Grecia, que se ejercitaba sin pena y aun sin infamia. Aun muchachos ilustres se sujetaron sin vergüenza á este oprobrio, y no faltaron filósofos que le autorizaron con su patrocinio.

## § VI.

Vamos, en fin, á los romanos, cuya gloria, aunque extinguida há tantos siglos, tan firme y brillante imagen estampó en la mente de los hombres, que aun hoy tira gajes de ídolo el simulacro.

Los romanos, por más que los celebren las plumas de tantos escritores, no fueron otra cosa que unos ladrones públicos de todo el género humano, una república enteramente corrompida por los tres vicios, codicia, lujuria y ambicion; pues como advirtió san Agustín, nunca llegará á dominarlos tanto la ambicion, si ántes no los hubieran pervertido la lujuria y la codicia: *Minimé autem prævaleret ambitio, nisi in populo avaritia, luxuriaque corrupto* (1). Contra todo derecho robaron á innumerables naciones sus riquezas, y entre ellas la preciosa alhaja de la libertad.

Aquí no puedo ménos de encenderme contra tantos espíritus superficiales, que mirando con abominacion los robos pequeños, aplauden con admiracion los hurtos grandes. Tienen por un ruin y digno de horca al que roba á otro hombre cien escudos, pero por glorioso y merecedor de estatuas al que roba á un reino el valor de cien millones. El ladrón que mata al caminante por robarle, se lleva tras sí el ódio público; pero el que por usurpar dos ó tres provincias mata á los hombres á millares, es celebrado por el clarín de la fama. Discreta y animosamente aquel pirata, reconvenido por Alejandro, le respondió: «Yo soy llamado pirata y delincuente porque en un pequeño bajel robo á uno ó

(1) *De Civ.*, libro 1, capítulo xxxi.

á otro caminante: si infestára los mares con una grande armada, sería celebrado como un conquistador glorioso.» Bien conoció Alejandro que á su corazón se disparaba aquella saeta, pero perdonó la osadía por la magnanimidad; mas este asunto le tratamos de intento en otra parte.

Para dar más clara idea de los vicios de la gente romana, tomaremos las cosas desde su origen, y fijáremos el principio en el rey Procas; pues de los reyes antecesores, desde el rey Latino, sólo quedaron los nombres; y cuanto se cuenta del rey Latino, y sus guerras y alianza con Enéas, es muy dudoso, respecto de que muchos y graves autores aseguran que Enéas nunca vino á Italia. De dos hijos que dejó Procas, Numitor y Amulio, este, que era el segundo, usurpó la corona al primero, matando un hijo varon que tenia, y haciendo virgen vestal á Rea Silvia, su hija, por quitarle toda sucesion; pero esta la diligenció con una furtiva torpeza, de que salieron los dos hermanos gemelos Rómulo y Remo. Mataron los dos al tirano Amulio, restituyendo el cetro á su abuelo Numitor, y despues Rómulo mató á Remo por reinar sin competencia. Fundó el príncipe fratricida á Roma; y para poblarla, haciendo concurrir con la artificiosa ostentacion de unas grandes fiestas los pueblos comarcanos, robaron los romanos todas las doncellas sabinas, porque empezase con raptos aquella ciudad, que se habia de engrandecer con robos. Fué Rómulo un gran político; pero al fin los senadores, que él mismo habia establecido, cansados de su imperio, le mataron, haciendo creer al pueblo que habia sido arrebatado al cielo para deidad. Sucedióle por eleccion Numa Pompilio, astuto político, debajo del velo de hombre religioso, que mitigó á aquel pueblo la ferocidad con la supersticion, llenándole de ritos y haciendo obedecer ciegamente todos sus decretos, porque supo persuadirle que eran dictados por la diosa ó ninfa Egeria, con quien tenia extáticos comercios, y así pasó por un santo un solemne embustero. Sucedióle Tulo Hostilio, hombre feroz y guerrero, que con el derecho de las armas añadió á Roma muchas tierras, enriqueciéndola especialmente con los despojos de Alba, que redujo á cenizas. Anco Marcio, cuarto rey, fué más justo, porque guerreó provocado, si se puede llamar provocacion pedir las potencias vecinas lo que su antecesor inicuaamente les habia usurpado. Al fin, en la corrupcion de aquellos tiempos el usurpar era gloria, y el no restituir no era pecado. Tarquino Prisco, quinto rey, añadió doce pueblos á las usurpaciones anteriores; matáronle dos hijos suyos, zelosos de la autoridad que con él tenia Servio Tulio, hijo de una esclava, y este se apoderó del reino, fingiendo estar Tarquino vivo y obrar de orden suya, hasta que tuvo las cosas en estado de declararse. Tulia, hija suya, que se casó con Tarquino el Soberbio, soberbia ella y feroz mucho más que el marido, le incitó á que matase á su padre, para subir al trono; y ejecutado el parricidio, le circunstanció aquella, más que mujer, furia, atropellando el regio cadáver con su carroza. Tarquino empezó su reinado con crueldades domésticas, y ya saciado de sangre de los suyos, se convirtió su sed á la de los extraños. No fué ménos falso que

cruel: á su hijo propio azotó públicamente con concierto entre los dos, para que pasando como agraviado y desoso de la venganza á los enemigos, traídoramente los matase y vendiese, como lo hizo. Sucedió el estrupo de Lucrecia, que libró á Roma de aquel tirano, y hizo aborrecible para siempre la dominacion y nombre real.

## § VII.

Empezó el gobierno consular, que mucho tiempo fué justo con los ciudadanos, pero siempre injusto con los vecinos, por no apartar jamas el corazón ni las manos de nuevas conquistas. Faltábase á la fe cuando lo pedía la ambicion. Singular testimonio dan las hórca caudinas, donde cogido todo el ejército romano y puesto debajo del cuchillo de los samnites, fué dejado salir libre debajo de la condicion de una perpétua paz, la cual no duró más que el tiempo que hubo menester Roma para armar de nuevo el ejército.

Dominada toda Italia, empezó la insolencia de los magistrados y la ambicion de los particulares. ¡Qué injusticia tan violenta la de Apio Claudio, uno del decenvirato, hacer traer por fuerza, destinada á su lujuria, á una doncella noble! Y ¡qué espectáculo tan miserable su padre Virgineo, viendo que por justicia no podia redimirla de aquella ignominia, degollar á la infeliz doncella en medio de la plaza!

La ambicion de los nobles se pegó como contagio á los plebeyos, que no sólo excitaron sediciones para obtener sus magistrados, pero llegaron á la desvergüenza de pretender descubiertamente la mezcla indiscreta de matrimonios con las familias patricias.

Pacificóse Roma dentro de sí misma luego que comenzaron las guerras forasteras. Rompió la romana ambicion los términos de Italia. Sucedióronse la guerra púnica primera, la ligústica, la gálica, la ilírica, la segunda púnica, que fué la más trabajosa que tuvieron los romanos, pero también la más justa, porque habia sido el agresor aquel rayo de Marte, Annibal; y aun se puede decir que fué culpable en los romanos la tardanza en la defensa, pues en un sitio de nueve meses se estuvieron á la vista, esperando á que la lealtad de Sagunto se convirtiese en rabia, y toda la poblacion en cenizas. Volaron triunfantes, vencido Annibal, las armas de Roma por Africa, Europa y Asia, buscando en todas partes pretextos para el rompimiento. Sólo Viriato y los numantinos detuvieron aquel impetu mucho tiempo. A Viriato le vencieron á traicion, no pudiendo de otro modo, disponiendo con promesas que sus mismos soldados le matasen. La guerra de Numancia fué la más inicua que jamas hicieron los romanos, no sólo por sus principios, mas también por los progresos; toda llena de injusticias y ruindades. El motivo no fué más que acoger los numantinos á los sedigenses, aliados y parientes suyos, fugitivos del furor romano. Vencieron los de Numancia á Quinto Pompeyo, y pudiendo destruirle del todo, admitieron la paz, propuesta por él, que luego violaron los romanos, acometiendo de nuevo á Numancia debajo de la conducta de Hostilio Mancino, que siendo también vencido, propuso nuevos capítulos de paz, y los numantinos los ad-

mitieron, aunque estaba en su mano degollar todo el ejército enemigo. Pero esta segunda moderacion fué correspondida con segunda perfidia, renovando los romanos la guerra debajo del pretexto de ser ignominiosa para ellos la paz pactada. Y en fin, triunfaron, no de Numancia, sino de las cenizas de Numancia, porque en la última desesperacion de defensa, al fuego, al veneno, al hierro se entregaron voluntariamente hombres y edificios.

Aquí me da Lucio Floro, gran panegirista del pueblo romano, materia para una importante reflexion. Este elegante historiador, habiendo referido los sucesos de la gente romana desde su origen hasta la toma de Numancia, con que acaba el capítulo diez y ocho del libro segundo de su historia, empieza el diez y nueve celebrando magníficamente la virtud y santidad del pueblo romano, desde sus principios hasta aquel tiempo: *Hactenus populus romanus pulcher, egregius, pius, sanctus, atque magnificus*. ¡Oh santidad bien canonizada, cuando en todo aquel tiempo hemos visto á Roma trono de la injusticia! Pero si se habla comparativamente de un tiempo á otro, con alguna verdad se puede decir que hasta la guerra de Numancia se conservó en Roma la integridad de costumbres. Tanta fué despues la corrupcion, que la antecedente parece santidad; la única virtud que se habia mantenido inviolada en Roma, era el amor de la patria; este fué cayendo hasta mirar cada individuo solamente por su interes propio, aun con la ruina del público. Como un hombre milagroso fué mirado Caton, porque no abandonó jamas la república.

Siempre desde aquel tiempo se vió Roma dividida en crueldísimas facciones, ó más que dividida, despedazada. Aun hoy lastiman la memoria aquellas dos humanas furias, Mario y Sila, que con dos diluvios de sangre, dos veces hicieron salir de sus márgenes al Tíber. Sucedióronles en la ambicion y en el ódio César y Pompeyo. Vino despues el triunvirato de Augusto, M. Antonio y Lepido, haciendo el infame pacto de sacrificar cada uno sus propios amigos á la venganza de los otros dos, para dividir entre sí las provincias del imperio.

No era menor entre tanto la corrupcion del Senado. Venales eran aquellos padres conscriptos siempre que ofrecian precio correspondiente los compradores. Así lo dijo, porque así lo experimentó, el bárbaro rey de Numidia, Jugurta, que con los dones que les envió, los hizo patrocinar por algun tiempo sus maldades y ensordecer á las justas quejas de los aliados de la república. Jamas tribunal alguno fué captado con tan feo género de soborno, como aquel con que Clodio ganó al romano para que le absolviese de sus torpísimos insultos: regaló al Senado con noches lascivas, entregando al brutal apetito de los senadores personas de entrambos sexos. Cuéntalo Valerio Máximo (libro ix, capítulo 1).

## § VIII.

Del vicio de la lascivia no hemos tocado sino uno ú otro hecho que ha ocurrido, siguiendo el hilo de la historia. Oigo llorar á los celosos la corruptela de este si-



glo en punto de incontinencia. Harto peores fueron aquellos siglos, en que apenas habia quien la llorase; hasta la venida del Redentor, aun las naciones cultas eran en esta materia bárbaras; los lupanares ó lugares públicos son antiquísimos. Solon, por ley, los instituyó en Atenas para evitar los adulterios. Entre los babilonios, segun Herodoto, eran las mujeres, una vez en la vida, comunes á todos, y los que se veian reducidos á pobreza obligaban á sus hijas á sustentarlos á costa de su pública ignominia. El mismo autor dice que los de Tracia daban á todas las doncellas libertad absoluta. Lo mismo refiere Varron de los ilíricos. ¡Cuánto horrorizan las fiestas bacanales, que pasaron de Egipto á Grecia, y de Grecia á Roma! La ebriedad, el furor y la incontinencia más bruta pasaban por culto de una deidad. En Roma era permitido á las mujeres vulgarizar su cuerpo, con la previa diligencia de presentarse á hacer esta protesta delante de los ediles, sin excluir de esta infamia aun á las mujeres de condicion; hasta que avergonzado el Senado al ver que Vestilia, de familia pretoria, habia usado de esta licencia, ordenó que se negase á cualquiera mujer cuyo padre, abuelo ó marido, hubiese sido caballero romano. ¿Qué diré del abominable comercio entre personas de un mismo sexo, comunísimo y practicado sin vergüenza alguna entre griegos y romanos? Pero apártese la pluma de lo que horroriza la memoria; que más mancha el papel con la especie que representa, que con la tinta que imprime (1).

Generalmente se puede decir que los demas vicios son achaques de los individuos; la incontinencia y la ambicion son pasiones de la especie. Su imperio comprehende igualmente todas las naciones, y su duracion todos los tiempos.

## § IX.

Con la venida del Redentor mudó algo de semblante el mundo, convirtiéndose una parte de la tierra en cielo. Desposáronse con la virtud los que abrazaron la verdad. Pequeña grey, pero hermosa, sustentaba vida inocente con el pasto de sana doctrina. La concordia,

(1) Habiendo el reino de Egipto hecho un papel tan considerable en el mundo, y haciéndole aun hoy en la antigua historia, puede notarse que no haya sido comprehendido en este discurso, sino para decir de paso que en él tuvieron principio las fiestas bacanales; lo que á la verdad no prueba corrupcion de costumbres, porque aquellas fiestas, en su origen, aunque contenian una supersticion muy ridicula, no envolvian las abominables torpezas que despues se introdujeron en ellas. Dirémos, pues, algo sobre el punto.

Nada me parece prueba más bien cuánta era la disolucion de los egipcios en materia de lascivia, que una historietta de Herodoto, la cual, aunque, como yo la juzgo, sea fabulosa, y por tanto no haga fe en cuanto al hecho, infiere como supuesto necesario y verdadero la mucha corrupcion de aquella gente.

Cuenta Herodoto que en tiempo de Feron, rey de Egipto y sucesor inmediato de el gran Sesóstris, creció el Nilo muy extraordinariamente, haciendo con la inundacion gravísimo daño á las tierras. El Rey, irritado, lanzó una flecha contra el rio, como para castigar su insolencia. Al momento quedó ciego. Adoraban los egipcios como deidad al Nilo, y así la ceguera de el Rey, si fué verdadera y consiguiente á aquel desahogo de su cólera, no podiá menos de ser mirada entre aquella gente idólatra como castigo del sacrilegio. Diez años permaneció el Rey ciego, sin que ni con ruegos ni con sacrificios lograse el beneficio de la luz. Hasta

el candor, la fe de la primitiva Iglesia, hicieron que hubiese, no en el principio, como fingieron los poetas, sino en medio de los tiempos, un siglo de oro.

Pero esta felicidad no fué de mucha duracion. Luégo que se acabaron las persecuciones, se puso la cristiandad en el estado en que hoy la vemos. Parece que la sangre de los mártires fertilizaba el terreno de la Iglesia, pues luégo que faltó este riego empezó á ser mucho menor la cosecha de virtudes. La semejanza de aquellos tiempos á estos se prueba con testigos superiores á toda excepcion.

San Juan Crisóstomo, que floreció en el cuarto siglo de la era cristiana, apenas hallaba en la ciudad de Antioquia cien individuos que viviesen bien, siendo aquella poblacion una de las tres mayores del mundo. Lo ménos que se le puede dar de vecindad en aquel tiempo son seiscientos mil almas, y segun esta cuenta, apenas entre seis mil habia uno bueno. Las palabras del Santo son tan fuertes, que aunque dejemos mucho al hipérbole, queda lo bastante para dar un concepto bajísimo de aquella cristiandad. «¿Cuántos pensais (decia, hablando con el mismo pueblo) que se salvarán en esta ciudad? En tantos millares, con dificultad se hallarán ciento que se salven. Aun de estos dudo; porque cuánta es la malicia en los mozos! ¡el descuido en los viejos! Ninguno tiene cuidado de sus hijos, ninguno pone atencion á imitar al virtuoso anciano. Lo peor es, que apenas hay á quien imitar. Faltan ejemplares en los ancianos, y así salen tambien malos los jóvenes (2).

San Agustin, que vivia por el mismo tiempo, no nos muestra el Occidente más bien parado que san Juan Crisóstomo el Oriente. «¿Cuántos son, dice sobre el salmo 48, los que parece que guardan los preceptos divinos? Apenas se hallan uno ú dos ó poquísimos.

San Gregorio, que floreció en el sexto siglo, contemplando desde la cumbre del solio pontificio toda la Iglesia, la comparó á la arca de Noé, donde habia pocos hombres y muchos brutos, porque es en la Iglesia, sin comparacion, mayor el número de los que obran brutalmente, siguiendo el ímpetu de la carne, que los que viven racionalmente segun el espíritu (3). ¿Hubo

que, en fin, de la ciudad de Butis le vino la respuesta de un oráculo, cuyo contenido era que recobraría la vista lavándose los ojos con la orina de una mujer á quien no hubiese conocido otro hombre que su marido. Alegrísimo el Rey con la receta de un remedio, á su parecer, tan fácil de encontrar, le buscó, como era natural, en su propia esposa; mas no sirviendo de nada el lavatorio, se quedó ciego como estaba. Fué sucesivamente recurriendo á varias mujeres ilustres; todo fué inútil. Continuó la experiencia en otras muchas de varias condiciones, todo sin provecho. Hasta que, finalmente, halló el remedio en la mujer de un pobre labrador. Lograda la vista, hizo cerrar en una ciudad todas las mujeres en quienes inútilmente habia buscado la cura, y poniendo fuego al pueblo, las abrasó á todas. Añade Herodoto que en accion de gracias levantó y consagró dos obeliscos al sol, cada uno de cien codos de altura. La existencia de los dos obeliscos, ya fuesen obra de este rey, ya de otro, es real. Uno de ellos fué conducido á Roma por el emperador Cayo, y es el mismo que Sixto V hizo colocar delante de la iglesia de San Pedro.

Ya he dicho que tengo esta historia por fabulosa. Pero la misma ficcion prueba la realidad de lo propuesto; pues supone como fundamento verdadero el concepto comun de la depravacion de la gente, aunque errado por nimio.

(2) Homil. xl, ad Popul.

(3) Homil. xxxviii, in Evang.

alguna mejoría en los tiempos que sucedieron? Ninguna. Díganlo tantos sagrados concilios, donde por los remedios venimos en conocimiento de las enfermedades; pues frecuentemente se trataba en ellos de ocurrir á grandes y comunes abusos.

## § X.

Dónde, pues, estais, siglos envidiados? Sólo en la imaginacion de los hombres. No hubo tiempo en que no se hablase mal del presente y bien del pasado. Es esta queja tanto peor fundada, cuanto más comun. Usa el mundo del lenguaje de los envidiosos, que vituperan á los vivos y aplauden á los muertos. Raros ojos tenemos, que nos parecen las cosas mejor por la espalda que por el rostro; siendo la mayor fealdad de todas el no ser, el mismo no ser es condicion para hallar hermosura en lo que fué.

No se puede negar que hay en los vicios sus flujos y reflujos. Hoy domina más un vicio en esta provincia que ayer; mañana, por el comercio estrecho con una nacion viciada por otro lado, es poseida de otra enfermedad diferente, que quita las fuerzas á la anterior; esotro día viene un príncipe justo, que pone á la república en mejor forma; pero á un Marco Aurelio sucede un Commodo, que todo lo desbarata. Como en un mar tempestuoso, que no es otra cosa el mundo, no sólo se están chocando las virtudes y los vicios, mas los mismos vicios se impelen unos á otros. Mas esta es una desigualdad insensible respecto del todo de los tiempos, ó

por mejor decir, en todos tiempos hubo la misma desigualdad. No están siempre en un estado las olas; pero no por eso se puede decir que sea más borrascoso el mar en este siglo que en los pasados.

Concluyo con unas elegantes palabras de Séneca, que comprehenden bien el asunto: «Queja fué esta de nuestros mayores, queja nuestra es, y lo será de los que nos sucedieren: que las costumbres están perdidas, que reina la maldad, que las cosas del mundo se empeoran cada día; pero mirándolo bien, los vicios están siempre en el mismo estado, á la reserva de algunos encuentros que se dan unos á otros, como las olas.» *Hoc majores nostri questi sunt, hoc nos querimus, hoc posterí nostri queruntur: eversos esse mores, regnare nequitiam, in deterius res humanas, et in omne nefas labi. At ista stant loco eodem, stabuntque, paululum dumtaxat ultro, aut citro mota ut fluctus (1).*

En otra parte dice que los vicios son propios de los hombres, no de los tiempos: *Hominum sunt ista, non temporum.* (Epístola 97.) Lo cierto es que los principios por donde los hombres son malos ó buenos, no dependen de los tiempos. Es el hombre malo por su ser hecho de la nada, es bueno por la misericordia divina, y una es en todos los siglos la naturaleza del hombre y la benignidad de Dios. Muchos siglos há que dijo uno que conocia bien el mundo (JOVEN., sat. 13):

*Rari quippè boni: numero vix sunt totidem, quot  
Thebarum portæ, vel divitis ostia Nilí.*

(1) Libro i De Benef., capítulo x

## SABIDURÍA APARENTE.

## § I.

Tiene la ciencia sus hipócritas no ménos que la virtud, y no ménos es engañado el vulgo por aquellos que por estos. Son muchos los indoctos que pasan plaza de sabios. Esta equivocacion es un copioso origen de errores, ya particulares, ya comunes. En esta region que habitamos, tanto imperio tiene la aprehension como la verdad. Hay hombres muy diestros en hacer el papel de doctos en el teatro del mundo, en quienes la leve tintura de las letras sirve de color para figurar altas doctrinas; y cuando llega á parecer original la copia, no hace ménos impresion en los ánimos la copia que el original. Si el que pinta es un Zéuxis, volarán las avecillas incautas á las uvas pintadas como á las verdaderas.

Así Arnoldo Brixiense, en el siglo undécimo, hombre de cortas letras, hizo harto daño en Brixia, su patria, y aun en Roma, con sus errores; porque, como dice Guntero Ligurino, sobre ser elegante en el razonamiento, sabía darse cierto modo y aire de sabio: *Assumpta sapientis fronte, disserto fallebat sermone rudes; ó como asegura Oton Frisingense, una copiosa verbosi-*

dad pasó en él plaza de profunda erudicion: *Vir quidem naturæ non hebetis; plus tamen verborum profusio, quàm sententiarum pondere copiosus.* Así Vigilancio, siendo un verdadero ignorante, con el arte de ganar liberos y notarios para pregoneros de su fama, adquirió tanta opinion de sabio, que se atrevió á la insolencia de escribir contra san Jerónimo y acusarle de origenista. Séneca Pelagiano hizo en el Piceno partido por la herejía de Pelagio, siendo, por testimonio del papa Gelasio, que reinaba entónces, no sólo hombre ignorante, pero aun rudo: *Non modò totius eruditionis alienus, sed ipsius quoque intelligentiæ communis prorsus extraneus.* San Leon, en la epístola 13 á Pulqueria Augusta, siente que el error de Euticles nació más de ignorancia que de astucia. Y en la epístola 15 absolutamente le trata de indocto: *Indoctum antiquæ Fidei impugnatores.* Sin embargo, este hombre corto revolvió de modo la cristiandad, que fué preciso juntarse tres concilios contra él, sin contar el que con razon se llamó *Predatorio*, en que, contra el derecho de la Sede Apostólica, hizo el emperador Teodosio presidir á Dioscoro, patriarca de Alejandria.